



15-2761

quiera, optando por dor-  
sentimiento de la vecin-  
de sus queridos libros.  
só á leer monografías,  
bibliográficas, referen-  
extractos, y sobre todo  
s. De las revistas se fué  
revistas de revistas. Pero  
todo era esqueleto sin  
ni alma, planos esque-  
ticos. Y lo peor que los  
tractos le resultaban más  
palabreríos y vacíos que las  
obras mismas extractadas. Y  
¡qué desilusión al ver estropeados los más her-  
mosos títulos!

1-120

Buscó por fin las obras atiborradas de refe-  
rencias y notas para leer éstas, sobre el anda-  
miaje que el autor levantara para construir su  
obra, fantaseaba él otra. Y acabó en leer catálogos.  
¡Los catálogos! Pocas cosas más sugestivas  
que un catálogo. Sobre un título ¡qué de fanta-  
sías nebulosas, imprecisas! ¡qué de imaginar sin  
concepto alguno! Se acostaba con un catálogo  
y lo iba hojando. Su conocimiento de idiomas  
vivos le ayudaba mucho.

Wiezzieski: «El problema del mal», ¡qué cam-  
po tan vasto! y vagaba sin idea alguna por os-  
curos vislumbres de ese problema; Wadsworth:  
«El porvenir de la India», séptima edición, en  
cuarto, seis chelines ¡qué de cosas dirá! y pasa-  
ban por su mente Warren Hastings, Lord Clive,  
el budhismo, el espíritu inglés, mil otras imáge-  
nes; Bonnet-Ferrière: «El arte en la vida», nue-  
va evocación de inarticulada sinfonía de larvas de  
ideas; Schmauschauser: «El derecho asirio»... de  
cididamente, aún se ha hecho poco de derecho

histórico ¡qué campo! Hembrani: «La filosofía  
de la química», ¡décima quinta edición! ¡20 li-  
ras! y durante un rato veía ordenados rigodones  
de átomos llenos de personalidad y de vida; Ló-  
pez Martínez: «Comentarios al derecho procesal»  
¡qué lata tan soberana! Y quedábase dormido.

A la par iba cobrando desenfrenado amor al  
sueño. Pasábase el día, mientras revolvió libros  
ó hojeaba catálogos, esperando la hora de acos-  
tarse y acariciando la imagen del sueño, y una  
vez acostado se arrebujaba en las sábanas á go-  
zar en la espera del momento de sumersión en  
la inconciencia. Daba á las veces en ponerse á  
espiar el momento preciso en que entraba en el  
sueño, momento que se le escapaba siempre,  
pues siempre se distraía en la coyuntura propi-  
cia. Otras veces se revolvió preso de ardiente  
agitación pensando en la nada, que le aterraba  
más que el infierno. ¡La nada! estar cayendo,  
cayendo por el vacío inmenso... no, no estar  
cayendo siquiera...

Se levantaba tarde, se vestía, lavaba y almor-  
zaba con toda calma, leía el periódico hasta los  
anuncios, repasaba algún catálogo, miraba con  
carifio á sus libros tocándolos, cambiándolos de  
lugar, hojeando algunos, y así le llegaba la  
hora de comer. Después café, rato de sentada  
en el casino viendo jugar al tresillo, que no en-  
tendía poco ni nada, paseo lento, gradual inva-  
sión de sueño, frugalísima cena y á la cama  
temprano.

El día en que estalló me decía:  
—¡Qué enfermedad más terrible él... pero no,  
bien mirado, ni es enfermedad ni es terrible!  
Paso el día esperando la hora de acostarme,  
acariciándolo en mi imaginación y me acuesto  
deleitándome en la idea de que voy á dormir  
para resucitar con el nuevo día, lleno de fres-  
cura espiritual, ¡El sueño! ¡vivir sin conciencia,  
pero vivir, vivir! ¡mera conciencia de vivir! ¡vida  
pura! y sobre todo, ¡despertar!

¡Ah! si lograra que toda mi vida fuera un des-  
pertar continuo, perpetuamente renovado, enton-  
ces podría decir que mi existencia era una crea-  
ción continuada... ¡El sueño! Es la *vis medicatrix  
naturae* y la digestión mental... Durante el sue-  
ño bajan digeridas las ideas al  
fondo del olvido donde se ha-  
cen carne de nuestra alma...  
Lo que mejor sabemos es lo  
olvidado. Todo eso de co-  
rrientes nuevas, de crisis espi-  
ritual, de degeneración, de fin  
de siglo, de neurosis y neu-  
rastenia, de misticismo y anar-  
quismo, todo eso es sueño so-  
cial y nada más. ¡Claro está!  
tanta revista de revistas, tanta  
bibliografía y tanto catálogo...



sueño, sueño, no es más que  
sueño. ¿Los agitadores, los  
revolucionarios dice usted?  
Aspirantes á sonámbulos.

Vuelvan las tinieblas medio-  
evales y á dormir...

— Pero eso es negar el pro-  
greso.

— ¿El progreso? ¿Pero usted  
cree que no hay más progreso  
que la vigilia? Hay que dige-  
rir el progreso, y el hartazgo  
da sueño. ¡A dormir! á dormir  
para hacer la digestión espi-  
ritual del progreso y despertar  
en otro siglo con la cabeza  
fresca, de buen humor y en-  
riqueciendo el vivífico y fecun-  
dante fondo del olvido, que  
es algo positivo, muy positi-  
vo, créamelo usted.

MIGUEL DE UNAMUNO

# El Imparcial

Madrid, 15 de marzo de 1897  
Lunes

1-121

1-121

## POLVO DE HECHOS

Como quiera que sigue haciendo estragos,  
en la literatura sobre todo, el *analiticism*, ó  
sea la exagerada cultura del análisis, conviene  
sugerir algo de los funestos efectos de esa ma-  
nía, que teniendo por base el deseo de realidad  
de nutrir al espíritu con hechos, destruye éstos,  
no dejándonos más que su vano polvo.

Suele ocurrir en la investigación química el  
caso de que al hacer un experimento sobre al-  
gún compuesto—si es orgánico sobre todo,—se  
destruya éste por el reactivo empleado para vo-  
latizarlo, y poderlo así estudiar, resultando así  
que en vez del cuerpo mismo sometido al ensa-  
yo, se estudie uno de los productos de su des-  
composición.

Esto mismo suele pasar en psicología y so-  
bre todo con esa psicología archisutil, quin-  
tesenciada y delicuescente que se aplica á las  
psicologuierías literarias. En vez de estudiar-  
se almas, no se estudian más que productos  
de la descomposición de ellas; en vez de carac-  
teres, casos. Y los tales casos no suelen pasar  
de abstracciones, á pesar de todo el aire que  
se den á realidades concretas.

Acostumbran los autores personalizar uno  
de sus estados de conciencia.—Werther res-  
pecto á Goethe, v. gr.—y tal personalización  
rara vez produce una verdadera persona artís-  
tica, un personaje como es debido en arte.

Hay una inmensa diferencia de los hechos  
intuidos en concreto, á los hechos analizados;  
media un abismo entre los hechos y el mero  
polvo de hechos, y uno mayor aun entre las  
curvas que trazan las perlas brillantes de las  
varillas del *calcidófono* al vibrar musicalmen-  
te, y los sonidos musicales mismos. Tales cur-  
vas son accesibles á un sordo, que puede en ri-  
gor estudiar acústica.

Muchos sordos, dedicados á esta acústica  
visual, pretenden componer música; quiero de-  
cir que muchos analistas de psicologuierías  
tienen la pretensión de hacer sentir en obras  
de arte. Son los que han llevado el determinis-  
mo á la novela.

Un personaje de novela cuya conducta toda  
se nos explique ce por be, y cuyos móviles se  
desmenucen, resulta un muñeco, porque no hay  
hombre real cuya infinita trama anímica esté  
al alcance de psicólogo alguno. Un personaje  
novelesco que no nos sorprenda alguna vez  
con algo que de él no esperábamos—como á  
diario nos sorprenden los hombres de carne y  
hueso—es un fantoche montado de todas pie-  
zas, como los que armaba con maravillosa ha-  
bilidad y pericia el agudísimo Stendhal.





En tales hiperanalistas son reales y vivas y artísticas las situaciones, no los personajes; lo son los estados de conciencia, no las almas de éstos.

Es el flaco de Zola. Su Coupeau no será la borrachera, pero es el borracho, el borracho tipo, extraído de monografías médicas sobre todo, no un borracho. Es una abstracción, no del grado de aquellas que él condena en otros, pero aunque de otro grado, sigue siendo una abstracción. Con los estudios hechos por médicos, antropólogos y sociólogos acerca de la lujuria podrá armarse un tipo de lujurioso con más trazas de realidad que el armado sobre las declamaciones de los moralistas y las generalidades de los teólogos, pero siempre será un tipo, es decir, un fantoche.

Una vez desmenuzado un hecho, es tarea poco menos que imposible reconstruirlo con su polvo. Todavía apenas se fabrican en laboratorio más que los más elementales productos orgánicos, y éstos Dios sabe cómo.

Omne vivum ex ovo, dice un aforismo; todo viviente de huevo. Y de huevo, de verdadero huevo espiritual, viene toda creación artística verdaderamente viva. El único medio es abrirse a la naturaleza, y que ésta obra sobre nuestro ovario mental.

¿Y el análisis entonces? Sirve de gimnasia. Es el análisis una de esas cosas cuyos frutos conviene olvidarlos, para que nos vivifiquen mejor.

Si Cervantes hubiera sido capaz de conocer a priori todas las psicologías que hemos levantado sobre su inmortal Quijote, es muy fácil que jamás hubiese llegado a verlo con los ojos interiores cual a realidad viva. Lo habría reducido a polvo en puro analizarlo, y habría sudado sudor de angustia para resucitar después la ceniza, y darle sople de vida.

Conocí un sujeto, de vasta cultura y muy leído, que, proponiéndose escribir una novelilla psicológica, pensaba introducir la novedad de no hablar en ella de alma, ni de voluntad, ni de inteligencia, ni de imaginación, ni de qué sé yo cuántas cosas más, porque decía que todo eso son puras abstracciones y él quería demostrar realidades.

Se empeñaba en no ver que son los vocablos corrientes, los de uso diario en el lenguaje de todo el mundo, los que de ordinario expresan realidades concretas, intuitas de un modo ó de otro, y que los términos técnicos, de libro —más precisos y más útiles para la investigación científica— no tienen otro efecto al introducirse en el arte que sustituir los hechos con el polvo de hechos. Recuerdo que le recomendé que si alguna vez tenía que citar en su novelilla al agua, lo hiciera llamándola monóxido de hidrógeno.

Y suele suceder que los empapuzados de extracto de libros modernos tildan de pedantes ó de «atrasados de noticias» á los que nutren su espíritu en libros viejos, como si no fueran todos libros. Hay muchos á quienes se les ha subido el encéfalo á la mollera, y les traen á mal traer los cordones nerviosos, con su cilindro eje, su mielina y todos sus adminículos. Si no escribimos Thucydides lo que los demás Tucydides, ¿en qué se nos va á conocer que sabemos un adarme siquiera de griego? Y hay muchos griegos. Si no aparece una acción refleja ó algo por el estilo en un cuento, ¿cómo se sabrá que hemos tragado á Wandt, Ribot, Münsterberg, James y otros tales?

Utilísimo es, después de todo, que haya Julio Vernes para uso de los alumnos de cuarto año de bachillerato.

Y basta de alusiones personales. «Dejad que los muertos entierren á sus muertos» —decía Jesús. —Dejemos que los librecos discutan sus libros; nutramos nuestra fantasía y nuestro corazón de hechos sencillos, de eternos hechos en bruto, y dejemos que la ciencia nos dé su fruto, reduciéndolos á polvo. Esto nos enseñará á verlos y sentirlos mejor. Es imprescindible que haya conejillos de Indias para el progreso de la ciencia, pero no vamos á merendarnos los conejillos inoculados de cualquier género de microbios.

Miguel de UNAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CREDOS.USAL.ES